

El Cordero Pascual (12.1–28, 42–51)

Y Moisés convocó a todos los ancianos de Israel, y les dijo: Sacad y tomaos corderos por vuestras familias, y sacrificad la pascua. Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana. Porque Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir (12.21–23).

Para el tiempo cuando las primeras nueve plagas habían caído sobre el pueblo egipcio, es probable que el país estuviera destrozado. El pueblo estaba enfermo, mucho del ganado había muerto, y los cultivos estaban devastados. Egipto era una nación en ruinas, sin embargo, Faraón no dejaba ir a sus esclavos, los israelitas. Ahora iban a morir miles, pues Dios había prometido enviar una última plaga sobre Egipto. Un ángel de la muerte mataría a todo primogénito de la tierra.

Antes de enviar esta plaga, Dios instituyó una comida especial que debía seguir siendo observada por Israel a partir de aquel momento, con el fin de recordar cómo fueron liberados de la esclavitud en Egipto. Se le llamaría la Pascua, porque al pasar el Destructor, éste pasaría Israel, es decir, perdonaría su vida, que es el significado original de la palabra Pascua.

Cuatrocientotrenta años de esclavitud eran un largo tiempo (12.40). Dios sabía que el pueblo era olvidadizo; este festín le ayudaría a Israel a recordar cuán grande liberación tuvo lugar.

Muchas ideas del texto bajo estudio son importantes para los cristianos, porque Cristo llegó a ser el Cordero de nuestra Pascua, cuando Él fue crucificado. En 1^{era} Corintios 5.7, Pablo expresó: «... porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada». Los cristianos celebran cada semana el ser libres de cierta esclavitud. Pablo la llamó «Fiesta» (1^{era} Corintios 5.8; NVI). También dijo: «Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia» (Romanos 6.17–18).

No podemos pasar por alto la importancia de la Fiesta de la Pascua. Sus significados son ricos para nosotros los que celebramos cada domingo una clase diferente de Pascua. Fue durante la comida de la Pascua que Jesús instituyó la Cena del Señor (Lucas 22.14–20; 1^{era} Corintios 11.23–25). Les dijo a Sus apóstoles que el pan sin levadura era Su Cuerpo, y que el fruto de la vid era Su sangre del pacto.

UN CORDERO AMADO

Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de este mes tómease cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia... Y lo guardaréis hasta el día catorce de este mes, y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes (12.3–6).

A los israelitas se les mandó seleccionar un cordero el diez del primer mes, y guardarlo hasta el día catorce del mismo mes. Llegó a ser una costumbre de todo israelita llevar el cordero a casa, alimentarlo, mimarlo, amarlo y tratarlo como a uno más de la familia. En la noche del día catorce el corderito era sacrificado. Se le cortaba su garganta, y la sangre se recogía en un lebrillo.

Mi suegro a menudo engordaba ganado para matar en su hacienda. Jamás permitió a los niños

encariñarse con el animal que se iba a matar para comerlo. Jamás se les permitió a los niños darle al animal un nombre, ni jugar con éste, ni acercársele. Esto les evitaba sentir que se estaban comiendo una mascota de la familia. Una familia israelita, en cambio, amaba, acariciaba e incluso le daba nombre a su cordero, sabiendo enteramente que aquella inocente y amable criatura del campo había de ser muerta. Este era el plan de Dios. ¿Por qué? Dios debió haber tenido en mente a Jesús, su propio Cordero Pascual.

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3.16). Jesús era Hijo único, un Hijo amado. «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia», dijo Dios en el momento del bautismo de Jesús (Mateo 3.17). No fue un extraño al que Dios ofreció para nuestra salvación del pecado. ¡Fue a su *Hijo*, su *único* Hijo, su Hijo *amado*, el Hijo que le ayudó a crear el mundo, su Hijo por toda la eternidad, su orgullo y su gozo! Este Hijo fue perfectamente obediente en toda forma a su Padre. ¿Qué Padre no estaría orgulloso de un Hijo así?

EL MEJOR CORDERO

Dios les pidió a Moisés y a Aarón que le dijeran a la congregación de Israel: «El animal será sin defecto, macho de un año; lo tomaréis de las ovejas o de las cabras» (12.5). El cordero para la Pascua debía ser un cordero en la flor de su vida, de un año de edad y perfecto en todos los aspectos, sin defecto ni mancha. Hasta la más pequeña mancha oscura descalificaba a un cordero para servir de sacrificio pascual, o para cualquier otro sacrificio dado a Dios. A Jesús, nuestro Cordero Pascual, se le dio muerte en la flor de su vida. El único ser humano perfecto que alguna vez anduvo sobre esta tierra manchada de pecado, fue crucificado a la edad de treinta y tres años.

UN CORDERO COMPARTIDO

Los israelitas debían tener a otras personas acompañándolos cuando el cordero era demasiado grande para una sola familia (12.4). No debía sobrar ni desperdiciarse parte alguna del cordero. Era un tiempo de comunión y de compartir para Israel. Era un tiempo santo, pero también un tiempo de reunión y unidad.

Cuando tomamos la Cena del Señor cada domingo, proclamamos la unidad de la iglesia del Señor. Comemos del mismo pan sin levadura, y bebemos del mismo fruto de la vid. Proclamamos

la unidad del cuerpo de Cristo cada vez que comemos y bebemos de ello.

La iglesia que estaba en Corinto adolecía de serios problemas, pero tal vez, el que más perturbó a Pablo, cuando escribió 1^{era} Corintios, fue la forma como ellos observaban la Cena del Señor. Habían abusado tanto de la Cena, que Pablo les dijo: «Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen» (1^{era} Corintios 11.30). Estaban espiritualmente muertos. ¿Qué sucedía? La iglesia que estaba en Corinto tenía divisiones.

Pues en primer lugar, cuando os reunís como iglesia, oigo que hay entre vosotros divisiones; y en parte lo creo. Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados. Cuando, pues, os reunís vosotros, esto no es comer la cena del Señor. Porque al comer, cada uno se adelanta a tomar su propia cena; y uno tiene hambre, y otro se embriaga. Pues qué, ¿no tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿O menospreciáis la iglesia de Dios, y avergonzáis a los que no tienen nada? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo (1^{era} Corintios 11.18–22).

En lugar de esperarse entre sí, los partidos de la iglesia y los grupos de interés estaban comiendo la Cena aparte, sin consideración por la iglesia como un todo. Los grupos pequeños estaban más preocupados por ellos mismos que por la iglesia. Pablo decía que no podemos comer la Cena del Señor de ese modo. ¡La sangre de las almas que recaen por causa de la división, estará sobre nuestras cabezas! Este es un festín compartido que comemos cada primer día de la semana, exactamente del mismo modo que el cordero de la Pascua era compartido. Nosotros, al igual que la nación de Israel liberada, compartimos y celebramos una liberación.

UN CORDERO ENTERO

Y aquella noche comerán la carne asada al fuego, y panes sin levadura; con hierbas amargas lo comerán. Ninguna cosa comeréis de él cruda, ni cocida en agua, sino asada al fuego; su cabeza con sus pies y sus entrañas (12.8–9).

A los israelitas se les mandó comer el cordero asado. No debía cocerse en agua, sino asarse. La cabeza, los pies y las entrañas debían dejarse intactas mientras se asaba, probablemente, en un asador. Estamos tan acostumbrados a cocinar los alimentos de un modo tal, que no recuerda a un animal. Les cortamos la cabeza y las patas a los pollos antes de cocinarlos. Una lonja de jamón no

se parece a un cerdo.

El cordero de la Pascua debía prepararse de un modo tal, que el pueblo no perdiera de vista lo que se estaba comiendo. La cabeza y los pies del cordero eran asados sin separarse del resto del animal. Tenía la forma de un cordero que se asaba. No era sencillamente carne que daba vuelta en un asador, ¡era el cordero de ellos!

Cuando el Hijo de Dios fue clavado en la cruz, ni un solo hueso Suyo fue roto (Salmos 34.20; Juan 19.36). Pasó por los fuegos del mismo infierno, llevando nuestros pecados y nuestras aflicciones en su cuerpo en el madero, pero su cuerpo se mantuvo entero y sin desmembrarse.

UN CORDERO QUE SANGRA

Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana (12.22).

La sangre es importante en nuestras vidas. Tenemos campañas para promover la donación de sangre, porque la sangre donada salva vidas. ¡Hay poder en la sangre! En esta primera Pascua, la sangre fue esencial para salvar vidas. La sangre debía untarse en el dintel y los postes de cada casa israelita, para que el Destructor perdonara en tal casa la vida del primogénito que allí habitaba. La sangre de este cordero era la salvación.

Hoy día enfrentamos a un destructor. Es la muerte espiritual, la muerte del alma. ¡La sangre de nuestro Cordero Pascual, Jesucristo, produce salvación para los que están muriendo espiritualmente! Esto es lo que leemos: «... sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1^{era} Pedro 1.18–19).

Los cristianos son redimidos por una sangre preciosa: «... y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Colosenses 1.20). Tenemos paz con Dios mediante la sangre de Cristo.

CONCLUSIÓN

Así como el cordero de la Pascua fue un recordatorio anual compartido, de la liberación de Israel, también la Cena del Señor es un recordatorio

semanal de nuestra liberación del pecado por la sangre de Cristo, nuestro Cordero Pascual.

Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y habiendo tomado la copa, dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartiéndolo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga. Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama (Lucas 22.14–20).

Entramos en contacto con la sangre de Cristo en el bautismo. «Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan» (1^{era} Juan 5.8). Tres testigos, el Espíritu Santo, el agua (las aguas del bautismo) y la sangre, concuerdan como uno sólo. En el momento del bautismo recibimos el Espíritu Santo (Hechos 2.38), nos cubre el agua (Hechos 8), y tenemos un encuentro con la sangre de Cristo, la cual nos limpia de pecado (Hebreos 9.12–13; 1^{era} Juan 1.7). Esto fue ilustrado cuando el eunuco etíope descendió al agua junto con Felipe, el evangelista, y Felipe lo bautizó. Es debido a la sangre y a nuestra obediencia en el bautismo, que somos salvos de la muerte eterna. ■

La Salvación debe ser recibida

Dos amigos se fueron a dar un paseo en bote, y el bote se volcó. El río estaba embravecido y era profundo. El dueño del bote había llevado dos chalecos salvavidas consigo. Explicó: «Yo me puse uno, pero mi amigo hizo el suyo a un lado. Cuando caímos al río, mi chaleco salvavidas me subió a la superficie prontamente, pero mi amigo jamás volvió a salir a flote». La muerte de Cristo, al igual que el chaleco salvavidas, no le salvará a usted a menos que, por la fe en Él, usted se lo ponga, es decir, ponga en práctica el propósito para el cual Él murió, cual es el de librarlo a usted de la perdición eterna.